

## Extraños mensajes

Arturo era un hombre de unos cuarenta y cinco años. En su semblante no existía el menor asomo de optimismo, ni alegría, ni tristeza. Cuando sus ojos miraban alguna cosa, realmente no la miraban, porque aquella mirada reflejaba lo que había en su alma y su mundo interior: un vacío negro, un frío eterno que ni remotamente podía imaginar que existiese en el universo la menor chispa de calor. De tal manera, su mirada nunca encontraba ni se detenía en ningún objetivo, porque todo lo traspasaba y continuaba hacia el infinito, tal vez en una búsqueda desesperada de una ansiada explicación sobre su miserable existencia.

Ya tenía Arturo diez años de vivir en aquella húmeda y casi vacía habitación, la cual solo contaba con una cama, una silla y una vieja mesa con una pequeña lámpara. También había un pequeño cuarto de baño.

Once años atrás había escrito un libro que había obtenido un éxito tal, que todavía seguía recibiendo algún dinero, el cual le servía para sobrevivir.

Pero el éxito del libro había sido acompañado por algo que, para la hipersensibilidad de Arturo, su alma y su espíritu habían sido mortalmente heridos, neutralizando por completo todo su mundo, hundiéndolo en aquella vida fría, oscura y de patética inactividad.

Arturo salía a comer, no todos los días, a un pequeño y maloliente restaurante de mala muerte que había en una esquina, a pocos metros de su gris morada. Y cuando iba, nadie

quería acercársele, ni mucho menos hablar con él, excepto la vieja gorda y desaliñada que le servía siempre lo mismo, pero sin dirigirle palabra alguna. Y cuando terminaba de comer, dejaba el dinero sobre la mesa y se marchaba.

Y no era que Arturo tuviese un aspecto repugnante, ni tampoco que inspirase miedo. No. Era, simplemente, su semblante, que reflejaba una inmensa y oscura desdicha, como un negro, no blanco, témpano de hielo que parecía estar muy cerca del límite de lo macabro.

Cuando llegaba al restaurante, el sentimiento de todos los comensales era, muy probablemente, el mismo. Porque el misterio que inundaba el lugar cuando Arturo estaba allí, no consistía precisamente en todas sus extrañas características. No. El asunto iba más allá. No era para nadie difícil imaginar que aquel hombre vivía en una soledad rayana en el horror, abrazada por todo un universo de amargura.

Y ese era el misterio. Hombres como Arturo eran posibles, y tal vez de manera más común de lo que se piensa, en cualquier parte del mundo..., pero parecía inconcebible que algún ser humano así soportase el dolor de estar vivo. En la imaginación de todo mortal existe, para casos de exagerada miseria y patetismo como aquel, el triste recurso del suicidio.

Es indudable que, para todo aquel que hubiese estado cerca de Arturo, una eventual noticia de que se había suicidado, hubiese tenido la connotación de la más absoluta normalidad y lógica.

Y es que, sin embargo, había algo que todos ignoraban.

Cuando Arturo se acostaba por las noches, algo muy extraño ocurría en el momento en que ya había logrado conciliar el sueño. Alguien llamaba a la puerta con golpes vigorosos que lo hacían despertar y levantarse. Pero cuando abría la puerta, no encontraba a nadie. Y Arturo ni siquiera sentía enojo, porque, además de que sus emociones habían sido arrancadas de su alma por el peor de los huracanes, dispersándolas por doquier, en distantes y desconocidos parajes sin nombre... Además de eso, ya estaba acostumbrado a aquello. Diez años eran más que suficientes para acostumbrarse. Así es que simplemente volvía a cerrar la puerta y su mirada se dirigía directamente hacia el piso, en donde, cada noche, encontraba un pequeño papel con un mensaje, con el mismo mensaje de siempre:

*Quiero conocerte*

Eso era todo. Una frase escrita a mano.

Hasta que una noche la frase cambió.

Casualmente ese mismo día había ocurrido algo distinto en la monótona existencia de Arturo. Su mirada se había quedado quieta, fija, observando un cable que siempre había estado tirado en el piso. Luego sus ojos dieron un paseo por el cielo raso... como buscando algo en donde amarrar el cable... tal vez para colgar algo.

Finalmente decidió ir al restaurante. Al salir, se había topado accidentalmente con un niño que jugaba. El pequeño, al verlo, le había obsequiado una ingenua e inocente sonrisa.

Nadie más vio aquello. Y nadie hubiese imaginado que Arturo había movido en su rostro músculos que desde hacía mucho tiempo habían estado rígidos como un cadáver. No importa si con un lenguaje no verbal Arturo había dicho groseramente al niño “¡Tómala de vuelta, no la quiero, no me interesa!”.

No importa. Porque aquel día, ya era la segunda cosa distinta que hacía en diez años. Primero detener su mirada en el cable que había en el piso... y ahora había sonreído.

En su extraño mundo de absoluta soledad y amargura, Arturo había comenzado a esperar, cada noche, la llegada del extraño mensaje. Y fue aquella noche en que la frase fue diferente a las anteriores:

*Llegó la hora. Te espero mañana a las ocho de  
la noche. Casa 143, calle 18*

Pero el frío vacío del alma de Arturo no estaba dispuesto a ir más allá del acostumbrado mensaje de *Quiero conocerte*. Y, por supuesto, ni siquiera consideró la posibilidad de acudir a aquella insólita y extraña cita.

Volvió, como siempre, a la cama y se durmió. Y tuvo un extraño sueño. Había asistido a la cita puntualmente y al llegar a la casa 143 de la calle 18, tocó la puerta y esperó.

Nadie abrió, pero Arturo advirtió que la puerta estaba solamente para ser empujada para abrirse. Y así lo hizo.

No parecía que hubiese nadie adentro. No había ninguna luz encendida y solo la luz de la luna, que se metía por las ventanas, iluminaba débilmente el lugar.

De pronto, del fondo, apareció la figura de un hombre que se acercaba lentamente a él. Y cuando estaba a unos cuatro pasos del visitante y la luna iluminó su rostro, Arturo sintió un sobrecogimiento y se horrorizó. ¡El rostro de aquel hombre era el suyo propio!

¡Pero no! ¡No! ¡Todo era una confusión! ¡No era un hombre! ¡Era un enorme perro que se lanzó encima de Arturo hambriento de devorarlo!

En aquel momento, Arturo despertó. Su cuerpo temblaba y sudaba frío.

Pero muy pronto, la costumbre de la apatía le hizo restar toda importancia a aquel sueño. Sin embargo... sin embargo, empezó a sentir cierta ansiedad y curiosidad por leer el mensaje que recibiría al día siguiente, tras no asistir a la cita.

El día siguiente fue bastante largo, pero Arturo sintió una extraña y nueva paz. Tuvo el raro presentimiento de que en el fondo de su alma había una pequeñísima chispa de luz.

Para que el tiempo transcurriera más rápido, decidió ir al restaurante.

Curiosa, muy curiosamente había una atmósfera muy distinta en el restaurante. Simplemente se sentía en el lugar que la presencia de Arturo era igual a la de cualquier otro.

Por fin, llegó la ansiada noche y la hora de irse a la cama. Se sentía ansioso. Sentía, casi como soñando, pero sin dormirse del todo, que algo se estaba formando de las cenizas de su alma y su espíritu.

Y llamaron a la puerta. Arturo se puso de pie de un brinco y abrió la puerta como de costumbre, a sabiendas de que no iba a encontrar a nadie afuera. La cerró e inmediatamente vio hacia el piso. Allí estaba el papel de siempre. Lo recogió y lo leyó como un hambriento que devora un trozo de pan.

Y este era el mensaje:

*Gracias por haber venido a la primera cita. Pero quiero conocerte mejor.  
Esta vez, ven a las nueve de la mañana, a la misma dirección*

Arturo recordó al perro, pero también recordó que él no había ido a ninguna cita en la realidad; todo había sido un sueño. Y, aunque esta vez sentía, no sabía por qué, un poco más de ánimo para ir, sintió temor y decidió que no iría a la mañana siguiente.

Regresó a la cama y se durmió.

Esa noche soñó que escuchaba nueve campanadas y que había ido, por la mañana, a la misma casa. Había un hermoso jardín en la parte de afuera. La puerta, al igual que la vez anterior, estaba solo de empujarla para que se abriera. Arturo la abrió, entró, pero no había nadie. Del fondo le vinieron unos ruidos y advirtió que en la parte trasera de la casa había un enorme patio. Entonces caminó lentamente para acercarse.

En el jardín había dos niños jugando con un hombre, con el que reían. No había ningún perro rabioso y la luz del sol encendía, como luces de todos los colores, las hermosas flores.

De pronto, vio el rostro del hombre. Se sintió paralizado. ¡Era su propio rostro! ¡Era él mismo!

Y aquello lo hizo despertar. Pero esta vez, no había ningún miedo en su corazón.

Notó que en el piso, cerca de la puerta, había otro papel y Arturo se puso en pie y corrió a recogerlo.

Y el mensaje decía:

*Gracias por volver a venir. Te he encontrado, Arturo*

Como el ave fénix que remontó vuelo de sus cenizas, el espíritu y el alma de Arturo había emprendido vuelo cuando en sus labios se dibujó la segunda sonrisa en diez años.

Al día siguiente la habitación de Arturo estaba desocupada. Y varios días después, los vecinos y la misma gente del restaurante estaban extrañados e intrigados por aquella extraña desaparición, a tal punto que dieron aviso a la policía.

Al lugar se hicieron presentes dos oficiales. Entraron a la habitación y la inspeccionaron cuidadosamente. Había cientos de papeles con el mensaje que decía *Quiero conocerte* e inmediatamente pensaron que allí había vivido un maniático que enviaba esos mensajes a otras personas. Pero los oficiales sabían que se llamaba Arturo y quedaron desconcertados cuando vieron la nota que decía *Gracias por volver a venir. Te he encontrado, Arturo.*

Uno de ellos encontró un viejo formulario que parecía una solicitud de empleo, escrita de puño y letra por Arturo, pues al final estaba su firma. El oficial, con el ceño fruncido observó la letra del formulario y la letra de los mensajes. Enseguida llamó al otro.

--Oye, ven a ver esto. ¿No te parece la misma letra?

Y el otro exclamó:

--¡Pues yo no lo dudaría! ¿Qué clase de extraño hombre vivió aquí?

Posteriormente, un examen grafológico demostró que la letra del formulario y la de los mensajes ¡era la misma! También, en las investigaciones, apareció la dirección del nacimiento de Arturo: Casa 143, calle 18.

Pasó mucho tiempo, cuando alguien llegó al restaurante a contar que había visto, en otro pueblo, a Arturo. Alguien le había dicho que Arturo era muy querido en el pueblo por su sonriente y amigable carácter. Incluso, que se preparaba para casarse con una hermosa mujer del lugar.